

DE LA TAULOLATRÍA A LA TAUROMAQUIA: UN BOSQUEJO HISTÓRICO

Jorge Guevara Hernández
Centro INAH Tlaxcala

Introducción

Es sabido que, a lo largo del tiempo, diversas culturas han tenido variadas perspectivas del toro aunque no siempre excluyentes. Estas, a pesar de su diversidad, se pueden agrupar de acuerdo con la manera de conceptualizar al toro, en este sentido se identifican: la del toro-dios, la del toro-sacrificio, la del toro-antropomorfo y la del toro domesticado. En el presente texto interesa la que considera a la corrida de toros como un ritual de sacrificio (Pitt Rivers, 1997), es decir, la que concibe al toro como contrincante y a la vez un aliado con quien que se borda una faena que lo engalana, previo a la eliminación física. Pero se hacen mención de las otras perspectivas para mostrar el desarrollo del pensamiento en torno al toro.

Aunque la crianza sistemática del toro bravo se localiza a finales del siglo XVII (Flores, 1986: 51) en España y el XVIII en México, no en XVI como mucha gente lo cree, y que el toreo moderno aparezca en la tercera década del siglo XX, la suerte de "correr a los toros" quizá tenga su origen en los tiempos paleolíticos y en las diversiones que las civilizaciones de la zona del Mediterráneo y las regiones colindantes de tierra adentro, tenían desde hace 3500 años (Bollain, *et al.*, 1972: 58-62, 73-76, 89-92, 106-109). Y que el pastoreo de toros bravos en Atenco, a principios de la Colonia, significó la continuidad de la fiesta española y no la selección, por métodos comunes en la actualidad, de sementales y de vaquillas. El breve recorrido histórico muestra que siendo una diversión antigua se mantiene vigente porque se ha adaptado, es decir, es una fiesta dinámica.

La especie del toro bravo

Antes de hablar de las concepciones sobre el uro cabe hacer breves comentarios sobre la biología de la especie. Aunque existen diversas teorías acerca del origen filogenético del toro bravo se acepta, por lo general, que su ascendencia más influyente parte del

Brachyceros africano que, con diversas combinaciones, dio origen al *Bostaurusibericus* como el tronco común del cual surgieron diversos tipos que constituyen las conocidas castas (Bollain, *et al.*, 1972: 25-28, 41-45). En otras palabras, de un antecedente africano derivan las cinco castas que se reconocen en la actualidad: Navarra, Vistahermosa, Cabrera, Jijona y Vázquez.

Es de asombrar que la especie del toro bravo se haya mantenido a lo largo de milenios a pesar del proceso de domesticación que, ciertas culturas, implementaron con sus parientes. Se ha reportado que a principios del siglo XVI todavía pastaban toros, en estado salvaje, en las llanuras de Polonia (Bollain, *et al.*, 1972: 28), cuando se pensaba que para ese entonces sólo había en la península ibérica. Pero ese hecho solo muestra que, antes del siglo XV, la especie se esparcía por amplios campos de Europa, y que posteriormente la especie se concentró en España, donde la intervención humana desarrolló de las cinco castas un variado número de encastes.

Perspectivas sobre el toro en la antigüedad

El toro como enemigo

Bollain (1972: 58-59) cita a las representaciones paleolíticas esparcidas en la península ibérica y en partes de Francia y África del Norte, como ejemplos del toro-contrincante, prototipo de lo que devendría en la corrida de toros. Son famosas las pinturas rupestres de Altamira, España y las de Lascaux, Francia, en donde se observan ejemplares bovinos formando conjuntos con otras especies y, en ocasiones, con representaciones de humanos en actitudes de cazarlos o de morir en el intento ante la embestida furiosa del toro (Brodrick, 1975, láminas 13, 19, 27, 34, 43; Bollain, *et al.*, 1972: 58-59, fotos 1, 2, 4, 5) (Figura 1). Es decir, de acuerdo con esta versión los hombres del paleolítico ya realizaban "los recortes" y le medían la distancia a la bestia (el punto desde el cual embiste), que son actividades cotidianas en el toreo moderno.

Como corolario de esta perspectiva se considera que el hombre prehistórico de estas latitudes admiró las cualidades de energía, fiereza, valor y de potencia física que los bovinos mostraban ante sus ojos, por lo que se piensa que un chamán realizó magia

simpatética mediante la representación gráfica de una actividad colectiva, como era la caza, con el fin de evitar tener heridos o muertos en el grupo de caza y así lograr el éxito de la captura y la muerte del animal.

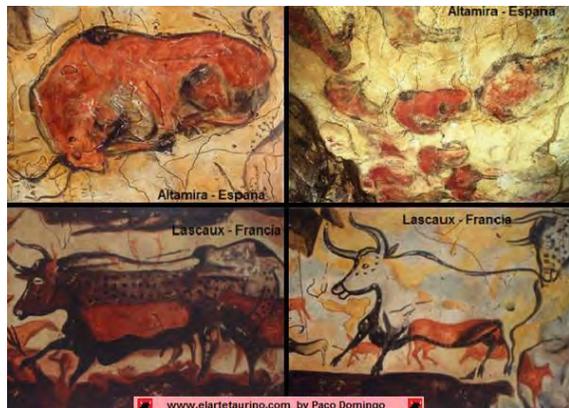


Figura 1. Representaciones de bovinos en el paleolítico de Europa. Los de la parte superior están embistiendo, "metiendo la cabeza, humillando". Tomado de: www.elartetaurino.com

El Toro Dios

Aquí se describe la faceta del toro-dios ya sea como símbolo de una divinidad o bien de una potencia digna de ser venerada. En los relatos se nota que aunque se sigue viendo al toro como un adversario se le añaden características religiosas.

Muchos milenios después de las pinturas paleolíticas se encuentra la formalización de un culto al toro. Un ejemplo está en Turquía, en el sitio arqueológico de CatalHuyuk, que se ocupó desde los 7000 AC a los 5700 AC aunque al principio se pensó desde 9000 AC. Tiene como característica residencias con santuarios que muestran protomos de toros empotrados en las paredes, con altares con cuernos y decorados suntuosamente con murales donde aparecen los bovinos (Figura 2).

En el Medio Oriente también en tiempos históricos existió un importante mito iranio que casi explicaría los motivos que dieron origen al horario y a la antigua finalidad de la lidia. Narra que Mithra, dios asociado al dios supremo Ahura, tiene no solo que capturar y llevar al toro primordial, creado por Júpiter-Oromades, a un cierto lugar, sino darle muerte como lo pide el sol. Antes de caer muerto, del cuerpo del toro empiezan a surgir todas las especies vegetales mientras que su simiente, purificada por la luna, produce todas las clases de animales domésticos. Por lo tanto si el toro significa la fertilidad y fecundidad de la naturaleza y si se

acepta entonces la idea del sacrificio animal para activarlas, se tiene la justificación de la muerte del toro en un ritual.

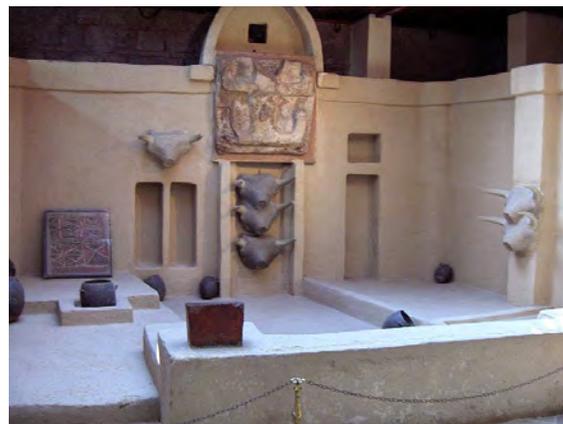


Figura 2. Reconstrucción de un altar de CatalHuyuk. Museo de la Civilización de Anatolia. Tomado de Wikipedia.

En Mesopotamia, hacia 2500 AC, el toro es visto como la encarnación de ciertas divinidades, por ejemplo Marduk, el "toro negro del abismo". O bien sólo se le asocian ejemplares bovinos, como el dios Anu que tiene al toro celeste como animal sagrado. También Ada, el dios de la tempestad, era representado sobre el lomo de un toro alado, así como los genios o espíritus del mundo eran representados en los toros androcéfalos.

También existía la idea antigua de ver a los toros como un enemigo al que hay que enfrentar, burlar y acabar con él. El rey tirano Gilgamesh, su héroe mitológico, soñaba que otro personaje, Enkidu, lo enfrentaba en forma de fuerte toro; después viven juntos varias aventuras, en una de ellas se enfrentan a un toro celeste mandado a petición de la despechada diosa Istar a Anu, y que exigirá después la muerte de Enkidu por haberle arrojado los miembros sexuales a la diosa (Bollain, *et al*, 1972: 73-76). Aquí se recuerda el enfrentamiento con el toro-enemigo y la habilidad para esquivar su embestida, aunque sin aclarar si el rey empleaba algún artilugio. Además de recordarnos la potencia sexual del toro.

Los asirios (700-500 AC) tanto gustaron de los toros alados que los colocaron como ornato de sus palacios y de su dios Ashur, de la guerra y de la fertilidad, y a la vez este dios era imaginado como un toro que volaba y se sostenía en el aire. En la representación del toro se empezó a poner el acento en su robustez y corpulencia, mientras que el aspecto sexual y genésico pasó a segundo plano, ya que los primeros caracteres fortalecían la idea de ver

al toro como un buen contrincante (Bollain, *et al*, 1972: 74), mientras que los segundos representan el aspecto fértil y fecundo que se les atribuía a los bovinos (Figura 3).

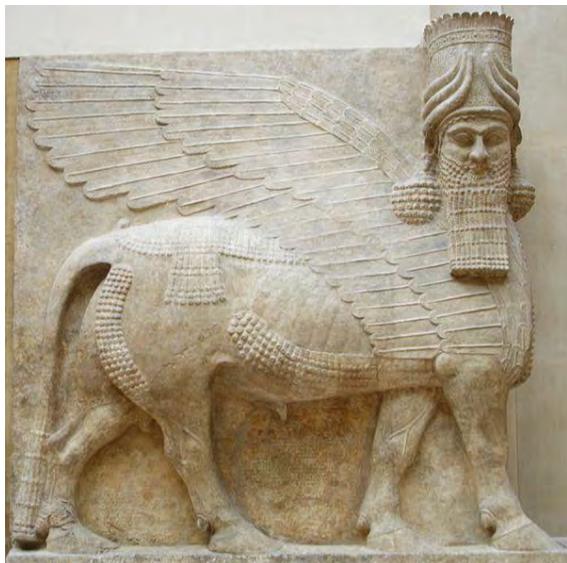


Figura 3. Toro alado, una muestra del arte asirio. Tomado de Wikipedia.

En la mitología de los persas de Zoroastro (583 AC), Ormuz, el principio del bien y de la Luz, en permanente enfrentamiento con Arimán, el principio del mal y las tinieblas, creó un toro primordial en cuyo cuerpo se encontraban todos los gérmenes de la vida, mismo que fue muerto por Arimán que se introdujo en la llama de fuego y surgió desde entonces el humo. Ormuz después extrajo de la paletilla derecha de Abudad, el toro primitivo, a Kaiomorts el primer hombre que también fue muerto por Arimán. De la paletilla izquierda salió Gochorum, el alma del toro primordial, destinada a ser la base de muchas especies animales y vegetales mediante la creación de dos toros, macho y hembra. Como se podrá advertir, en este mito se enfatiza el aspecto fecundo del toro, después de muerto.

En Egipto, el toro y la vaca una vez domesticados empiezan a recibir un culto emparentado con la fecundidad y la fertilidad. Se conocen tres dioses-toros: Apis, Mnevis y Bukhis, relacionados a la vez con Osiris, Re-Athum y Montú, respectivamente. Los más conocidos son Apis, símbolo de fecundidad, y Osiris, dios de la vida vegetal, la tierra fecunda, las artes y de la civilización, siendo adorado como árbol o como toro. Herodoto menciona que cuando Apis se encontraba de visita en alguna ciudad, las doncellas se descubrían el vientre delante del dios, para recibir

sus influjos fecundantes. En una leyenda egipcia de dos hermanos, Anup y Bata o Biti, se recuerda como la muerte del toro trae la vida cuando el segundo hermano muere por segunda vez, habiendo adoptado la figura de un toro del que brotarán dos árboles (Bollain, *et al*, 1972: 60).

En la India el toro fue considerado como fuente de vida y hasta la fecha. En su mitología se cuenta que Manú, el primer hombre, en agradecimiento a Vishnú por haberlo salvado del Diluvio ofrendó leche cuajada, nata y manteca, de la que salió Ida, la mujer bella, con la que Manú tuvo relaciones convertidos en toro y vaca; transformándose en diversos machos y hembras para dar vida a todos los animales. Por estos y otros motivos, el toro es considerado un amigo del hombre, una divinidad tutelar, fuente de bienes y de santidad, por lo que matar a los toros o vacas sagradas se considera un crimen mayor pues es cegar las fuentes de la vida. En un antiguo mito de los Puranas, la Tierra toma la forma de vaca y es ordeñada por Prithu, hijo de Vena, el rey sagrado, que quiere salvar a los frutos de la tierra antes de que sean destruidos. La Tierra fecunda al suelo con su leche, y gracias a ésta fecundación, el trigo y las legumbres nunca han faltado (Bollain, *et al*, 1972: 90-91).

Esta concepción antiquísima de la fecundidad del toro también se tuvo en la España del siglo XII, con el llamado "toro nupcial", en la que el pretendiente tenía que llevar un toro bravo al frente de la casa de la futura esposa, y allí darle muerte empapando con su sangre las sábanas nupciales, con la creencia de que así se aseguraba la fertilidad en la pareja (Tauromaquia, TV España, programa IV, 1990).

En síntesis, la idea de que la muerte del toro representa liberar la fuerza de la vida misma es lo que se manifiesta en esta creación del toro-dios o el toro-potencia, que narran los mitos antes escritos.

El toro-jugador

Quizá otros factor que contribuyó al origen de la tauromaquia es el descubrimiento de otra faceta del toro: la de ser parte de un juego, aún y cuando se conserven los otros elementos como el sacrificio y la muerte con el cambio del toro dios al toro para dios. Este momento histórico está señalado con la aparición de la civilización de Creta que floreció hacia los años 3000 AC., en la zona del Mediterráneo, dando muestra en su arte de la visión del toro como parte de acrobacias y juegos circense (Figura 4).



Figura 4. Escena de un mural cretense. Tomado de: www.elartetaurino.com

El mito de Hércules

Sin dejar de lado las facetas del toro que han sido tratadas, en la Grecia clásica aparece un personaje que ha sido calificado como un torero y a la vez el que ayudó al rey Euristeo en sus planes de convertirse un buen ganadero, ya que éste planeaba tener como semental al primer toro con bravura para que se reprodujese con un hato de vacas de media casta.

En la mitología griega, el mito de Hércules y sus trabajos nos muestran un mundo de interacción constante entre el héroe con los centauros (mitad hombres-mitad caballos) y el toro primordial. Se encuentran en el mito tantos aspectos de la fiesta taurina que no deja de llamar la atención. En el orden narrativo, durante el cuarto trabajo de traer vivo al jabalí de Erimanto ante el rey Euristeo, quien le encarga los trabajos, se encuentra con los centauros (*centein*: cazador y *tauro*: toro), los personajes que se dedicaban a cuidar, y arrear o, dicho en lenguaje taurino, a perseguir y acosar a ejemplares bovinos. Son mitad humanos, de la cintura para arriba, y equinos, excepto la cabeza, y dueños del vino, la imprescindible bebida de la fiesta brava. Sobre el centauro cierta corriente de pensadores gnósticos considera que está la clave para entender el arraigo de la corrida de toros en España. Su cosmovisión es una mezcla de astrología y esoterismo: siendo Sagitario el flechador del Tauro, ambos son influidos por Piscis, lo que los impulsa a hacer sacrificios de sangre. Quedando oculta su naturaleza en la actual fiesta brava con símbolos que aún recuerdan esta Edad de Oro del Olimpo griego, como son la chaquetilla, que le cubre la espalda, (de un supuesto centauro) y la coletilla, como remembranza de la cola equina (Carranza, 1991).

En el quinto trabajo, de manera colateral al objetivo central de la misión, rescata a una princesa de los centauros por los que termina

exterminándolos. En el sexto aparecen las castañuelas que emplea Atenea para espantar a las aves de Estinfalo para que Hércules las matase y cumplierse así la tarea. Como puede advertirse hasta este momento del relato se ha hablado del hombre caballo, el moderno rejoneador, el vino y las castañuelas, objetos asociados al arte flamenco y a las infaltables botas de cuero que se presentan en todas plazas taurinas. Pero es la siguiente tarea la que muestra la faceta de torero de Hércules.

El séptimo trabajo consistía en traer vivo de Creta, un toro salvaje puesto que era culpable de llevar a Europa ante Zeus. El toro había brotado del mar por orden del dios cuando el rey Minos prometió sacrificar lo que saliese del mar. Como el toro sale hermoso Minos decide conservarlo para sí mismo y lo envía a sus corrales a padrear con sus vacas, Zeus se enoja y lo convierte en salvaje. Luego hace que Pasifae, la esposa de Minos, se enamore del toro y conciba al Minotauro. Hércules logra atraparlo y lo lleva ante el rey Euristeo. Al final lo suelta y pastará en regiones de Grecia donde encontrará la muerte en la ciudad de Teseo.

Como se aprecia el mito es rico en símbolos que nos remiten a lo contemporáneo. Establece que el toro es una hermosa creación divina (trapío) hecha para ser sacrificada (muerte en el ruedo) pero a lo que se le añade su bravura o salvajismo (casta) como consecuencia de incumplir Minos una promesa hecha a Zeus. A este bonito ejemplar el héroe lo doma y, a pesar de su bravura, lo conduce al sitio que quiere él (¿No es esto el toreo moderno?). Se habla ya de una idea central: reproducir la bravura con el ganado manso que poseían los reyes Minos y con posterioridad Euristeo. Es decir, fueron los antiguos ganaderos y que querían ver los resultados de sus cruces mientras admiraban la hermosura del animal. Quizá por la nobleza mostrada al seguir a Hércules el toro de Creta terminará siendo semental hasta su muerte. Tal como se hace con los toros indultados por su bravura y nobleza, que terminan reproduciendo con vacas seleccionadas sus características notables.

Luego de esto el rey Euristeo para continuar haciendo su ganadería le encarga dos trabajos con lo que se dotará de animales para el arriendo del ganado bravo. Así, en el octavo trabajo Hércules deberá de guiar hasta el rey a las yeguas antropomorfas que estaban en Diomedes. Éstas se cruzarán, con seguridad, con los caballos divinos que, haciendo el noveno trabajo, Hércules se ganó al liberar a una princesa de ser comida por un monstruo marino. En el décimo trabajo el héroe trae

vivas unas vacas que poseía Gerión, el monstruoso. Las transporta de África del norte pasando por España y Francia antes de llegar a Grecia, lo que confirma mitológicamente la existencia de vacadas bravas desde tiempos antiguos en esos lugares. Es así como, en el mito de Hércules, se llega a la conclusión de la existencia de un ganadero que esperaba triunfar con un semental de lujo cruzándolo con diversas vacadas, apoyado por equinos para el manejo del ganado. En el doceavo trabajo se da la respuesta al porqué de la muerte en el ruedo cuando Hércules mata a una de las vacas del Hades, al que desciende como parte de su misión para capturar al cancerbero, para proporcionar sangre a las almas del infierno griego. En palabras actuales la sangre derramada en el ruedo se la lleva el sol cuando "desciende" por el poniente al inframundo, mientras un matador festeja con el público que le agradece el momento emotivo e irreplicable.

El toro contemporáneo

Los inicios de la lidia

Dando un gran salto en el tiempo hasta llegar al siglo XIV, es en España cuando se empezó a encerrarse al toro en un coso y enfrentarlo a la diversión de la gente con toda clase de atropello y maltrato, sin ninguna restricción, hasta la muerte del animal. Evolucionó hacia el siglo XVI y XVII como un deporte de la nobleza, que cumplía a la vez el requisito de mantener adiestrado al jinete y al caballo para enfrentar los retos de la milicia (Flores, 1986: 49) (Figura 5).



Figura 5. Escena de una corrida de toros del siglo XVII, en el centro del pueblo. Tomado de: www.elartetaurino.com

En esta clase de juegos en que el toro se enfrentaba contra el hombre a caballo, o sea el

caballero, no tenía cabida el toreo de pie sino en la medida que lo requiriese el jinete. En los siglos mencionados fueron dos las formas fundamentales de montar a caballo: a la brida y a la jineta. Con ésta última se lograba mayor dominio del caballo debido a los estribos cortos. Mientras que, por lo general, fue con la técnica "a la brida" que se ejecutaba el alanceamiento, con la otra se realizaba el rejoneo. La lanza o los rejones se podían clavar en el toro bravo de acuerdo con la postura presentada por el toro y el caballo al "momento del cite y de la reunión": cara a cara, al estribo y a las ancas. El alanceado era, en el caso de la España de aquel momento, una variante taurina e ibérica de los torneos y justas que se celebraban a lo largo y ancho de los diversos reinos y feudos de Europa. Otra técnica distinta era el uso de "varas", que a diferencia de las lanzas que pretendía acabar con la bestia, con la vara sólo se trataba de contener la fuerza del animal, sin llegar a agotarlo (Flores, 1986: 21-24). Fue en esta época, que en España y Portugal adquirió la carta de naturalización el toreo a caballo, gusto que pasó a sus colonias de ultramar, a tal grado que no hubo festejo o celebración de la realeza y de los nobles, en la que no estuviese presente el "correr a los toros". Aunque con la prohibición papal de 1543 de cesar las corridas, en Portugal se adoptará una fiesta de toros donde no termina necesariamente con la muerte del astado en el ruedo, conocida hoy como "corrida a la portuguesa" o "de rejones", que incluye además el espectáculo de enfrentarse y jugar abiertamente con el toro, llamado el arte de los forcados. Por el contrario en España si se mantuvo la sentencia del toro desde que sale del ruedo y evolucionará, por otros motivos, para desplazar el toreo a caballo por el de a pie, que es el que se practica de manera predominante en nuestro país (Tauromaquia, TV España, programa V).

La predominancia del toreo a pie empezó, de forma paradójica, con la llegada de los Borbones a la Casa Real de España, que introdujeron reformas económicas en el manejo de sus colonias, momento en que trató de restar importancia de la fiesta con el toro ya que los mismos reyes se declararon adversos a la fiesta que, sin embargo, enraizada en la tradición de etnias tan diversas como los navarros, castellanos, vascos y andaluces, se continuó hasta que se disminuyó el papel del jinete en la corrida de toros, de manera proporcional al incremento de la importancia del "toreo a pie", así como avances en la reglamentación de la corrida, quedando el público marginado de la participación en el juego sangriento

con el toro, pasando a ser "propiedad" del torero (Figura 6).

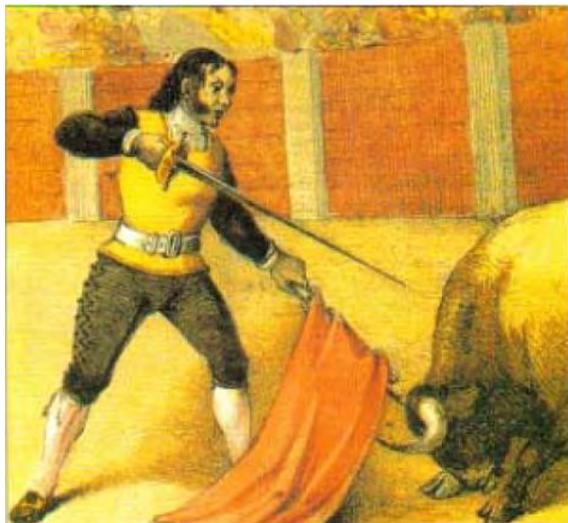


Figura 6. Un torero del siglo XVIII. Tomado de: www.elartetaurino.com

Además, el toreo a pie, al no implicar la posesión de un caballo, equivalente a un estrato económico, a finales del siglo XVIII permitió a mucha gente del populacho la práctica de un arte que, hasta ese momento, estaba en poder del estrato dominante. Con el toreo a pie con posterioridad surgen las primeras normas en cuanto al toreo mismo, en donde se plasma de manera formal el desplazamiento de la corrida de un festejo colectivo a una serie de suertes donde, al final, destacarán las habilidades del torero (Flores, 1986: 51-53).

De hecho, algo que va a distinguir a la tauromaquia española de la mexicana, a finales del dieciocho, es que en ésta última hay mayor variedad de juegos con el burel antes de su muerte, y que se efectuaban otros espectáculos (corte de gallo, carrera de liebres, de gatos, etc.) entre la muerte de un burel y la salida de otro (Flores, 1986: 65).

La corrida de toros en el México colonial e independiente

En estricto sentido, la corrida de toros no es originaria de nuestro país sino que fue traída como parte de los juegos y diversiones de los conquistadores españoles. Se menciona que en 1521 se desembarcaron un lote de becerros en la Villa Rica de la Vera Cruz, provenientes de la isla de Santo Domingo, con la clara intención de que fuesen criados en estas tierras mesoamericanas. Pero la primera corrida a la antigua de que se tiene noticia, es la celebrada en honor de Hernán Cortés el día 24

de junio de 1526, día de San Juan Bautista, en la mismísima Tenochtitlan, que había sido conquistada poco menos de cinco años atrás (Flores, 1986: 11-12). Casi dos años después, el Cabildo de la ciudad de México, acorde con su origen castizo, promulgó "que las fiestas de San Juan e Santiago e Santo Hipólito e Nuestra Señora de Agosto se solemnice mucho, e que se corran toros, e que jueguen cañas, e que todos cabalguen, los que tuvieren bestias" (Flores, 1986: 13). A partir de entonces, no hubo acontecimiento importante que no se celebrase en la Nueva España con una serie de corridas de toros. Entre tales acontecimientos destacaban los de origen religioso y los de índole civil tales como: los bautizos, confirmaciones, primera comunión, matrimonios, canonizaciones, bulas papales, entronizaciones de los Virreyes, nombramiento del Gobernador, entre otros tanto motivos.

Además las corridas de toros se emplearon como medios para sufragar los gastos de los municipios y cofradías en la realización de obras públicas y piadosas. Muchos de los Virreyes, reconociéndose aficionados taurinos, se hicieron cargo de organizar temporadas taurinas a lo largo de dos o tres semanas, en donde se corriesen toros durante las mañanas y las tardes (Flores, 1986: 30-34). Estos juegos con bureles, propios de los españoles conquistadores, también causaron gran impacto entre los indígenas. A pesar de las prohibiciones de que algunos nobles indios montasen a caballo, so pena de castigos y multas, muchos de ellos lo hicieron y lograron dominarlos rápidamente. Con el tiempo fue tal la destreza mostrada por los aborígenes, que desarrollaron una serie de suertes que hoy son consideradas la base de la fiesta charra, declarado "deporte nacional" por excelencia (Flores, 1986: 14, citando a Díaz del Castillo). Algunos autores españoles han visto la aceptación de los indígenas de la fiesta de los toros, como una continuación de los sacrificios sangrientos que sus religiones les imponían. Interpretación que a la vez considera a la corrida de toros como una reminiscencia de los viejos rituales ibéricos de culto y adoración al sol (Tauromaquia, TV Española, programa X). Este punto de vista ve a la implantación de la fiesta brava en tierras mexicanas como una especie de sincretismo religioso (Figura 7).

Durante lo que restó del periodo colonial se hacen pocas menciones de las haciendas dedicadas a la crianza del toro de lidia, puesto que aún no se desarrollaba la idea del registro de las cruces, ni la especialización económica de la hacienda (Rangél, 1924). Es en el siglo XVIII cuando se empiezan a

mencionar varias haciendas ganaderas cuyos nombres y destino fueron: Venadero, Aguascalientes, que terminaría convirtiéndose en Peñuelas; la de Cazadero, Aguascalientes, que se transformaría en Nicolás Peralta y que desaparecería a principios del siglo XX; la de Guaname que poco se sabe; la de Contadero, Querétaro, que terminaría siendo la de Xajay; la de Paranguero, Guanajuato, que se había fundado en 1547 con la crianza de ganado navarro y que hacia 1924 se transformó en la ganadería de Quiriceo. En el siglo XIX además de las citadas ganaderías se fundaron otras más a lo largo del territorio mexicano. La de San Diego de los Padres, Estado de México, en 1859, la de Santín, Estado de México, en 1835. Es decir, para finales del siglo XIX había varias ganaderías que se dedicaban a la crianza del toro bravo como una especialización dentro de la hacienda.



Figura 7. Corrida en un pueblo de la provincia mexicana del siglo XIX. Archivo de José Francisco Coello Ugalde, Tomado de: <http://ahtm.wordpress.com/>

La corrida de toros en Tlaxcala

Durante la época de la Colonia, a pesar de las prohibiciones de que los nativos montasen a caballo y liasen toros, las corridas de estos últimos se fue arraigando cada vez más en las festividades de los diversos pueblos y regiones que conformaban la Nueva España. Arraigo promovido por las propias autoridades civiles y religiosas que viendo en las corridas de toros una manera de sufragar los gastos, formaban parte de los festejos cívico-religiosos. En Tlaxcala, al principio de la conquista y con el derecho de ser República de Indios se rechazarán los intentos de ganaderos españoles de asentarse en estas tierras, pero hacia 1550 éstos lo lograron cuando lo que quedaba del gobierno indígena era nada parecido al anterior (Actas de Cabildo de Tlaxcala, 1547-1567; Gibson, 1967: 62-65).

La "muy leal" ciudad de Tlaxcala fue una de las tantas ciudades de las que se tienen noticias de la realización de corridas de bureles para el periodo virreinal, si bien muchas de las menciones se refieren al final de dicho periodo. La primera mención y más antigua dice que:

[...] Otra vez le fue dado el gobierno del altepetl al tlahtoani Gonzalo Gómez. El privilegio que le fue dado vino de Castilla [...] Entonces jugaron los españoles, el viernes 16 de agosto (1596), en la Asunción, que es la fiesta del altepetl de Tlaxcala (Mendoza y Zapata, 1995:189, 191). En esta cita queda claro que lo que jugaban los españoles eran a los toros y que la corrida ya desde entonces era celebrada junto a la iglesia de la Asunción.

Más adelante la misma crónica da cuenta de otro festejo taurino:

“[...] Cuando fue la fiesta de San Antonio de Padua, jueves a 13 de junio (1620), un barbero español murió, fue a pelearse cuando hubo corrida de toros, tlamiminohuac. (Mendoza y Zapata, 1995:229). Es notorio que la corrida se asocia a la fiesta patronal y que la corrida se hacía en la ciudad capital. El término náhuatl viene de tlamiminalli, tirado a flechazos, y huac, que hace referencia a herir, lo cual representa metafóricamente cómo lo veían los indígenas al espectáculo taurino, la traducción libre sería “la muerte a flechazos de un animal con cornamenta (venado)”.

Luego vienen las menciones del siglo XVIII, dadas a conocer por Rangel a finales del primer cuarto del siglo inmediato anterior.

“[...] con iguales demostraciones de júbilo que la ciudad de México, celebró la Noble República de Tlaxcala, el 8 de febrero de 1733, el triunfo de las armas españolas, formándose en la Plaza Principal de aquella ciudad, un castillo, a imitación de el de Almarza, combatiendo moros y cristianos, que ostentaban ricos petos, morriones, brazaletes, turbantes, marlotes y medias lunas; concluyendo las fiestas con las obligadas corridas de toros” (Rangél, 1924: 129).

En otra ocasión, se cita que una de las mayores fiestas que se celebraron en la Tlaxcala del siglo XVIII fue la que, con motivo de jurar a la virgen de Guadalupe como su patrona, se realizó el 17 de agosto de 1738. Ese día, el Estandarte Real ondeaba en los balcones del edificio del Gobierno y las Casas

Consistoriales y se le añadió el de la imagen de María Guadalupe. Es de destacar el adorno que hicieron en aquél entonces las autoridades, ya que combinó elementos precolombinos con cristianos que muestra la persistencia de los primeros elementos de forma abierta, puesto que se ejecuta por las propias autoridades locales. Es también notable la adopción de las corridas de toros como parte de los festejos. Se dice que colocaron a la Guadalupe:

“[...] en una esfera cronológica de los tiempos, en la que, con cuatro figuras, con las que significaban los indios sus olimpiadas (sic), que eran pedernal, casa, caña, conejo, recordaban los continuados favores dispensados por la virgen morena, explicados en ingeniosos y elocuentes versos. El mismo día sacó el pendón el Gobernador de los indios, cortejado de los españoles, del alcalde más antiguo y de lo más escogido de la nobleza tlaxcalteca, recorriendo las principales calles de la localidad, que estaban primorosamente adornadas. Acompañaron a la comitiva las disciplinadas: compañías de soldados de caballería e infantería, y una música compuesta de variados instrumentos autóctonos, tan suaves como diestramente pulsados por los indios. Hubo Moros y Cristianos y se corrieron durante cuatro días toros a mañana y tarde”, (Rangél, 1924: 134). Se recuerdan otras corridas posteriores, por ejemplo las del 23 de octubre de 1755, celebrada para festejar el arribo del Virrey Don Agustín de Ahumada, Marqués de las Amarillas, a dicha ciudad, rumbo a la capital para tomar posesión. Se levantó para dicha ocasión, por parte de las autoridades civiles, un "hermoso arco triunfal", donde se expresaban en verso las proezas de su excelencia, se engalanaron las calles y se corrieron toros durante cuatro días, mismos que permaneció el Virrey en estas tierras (Rangél, 1924: 139).

Hacia 1816 el cabildo de la ciudad de Tlaxcala acordó celebrar la toma de posesión del Virreinato de Don Juan Ruíz de Apodaca, Conde del Venadito, con la realización de la impresionante cifra de 60 corridas de toros. Entre los argumentos esgrimidos por el Cabildo de la ciudad de Tlaxcala, destaca que mencionen el "especial privilegio [...] de disfrutar [...] desde inmemorial tiempo [...] de la gracia de poder tener corridas de toros en su plaza por espacio de sesenta días en cada año" (Rangél, 1924: 364). El Fiscal de la Real Hacienda opinó que eran muchas corridas por lo que concedió solo la celebración de 15, sin embargo, las autoridades de Tlaxcala apelaron al Virrey y éste les concedió finalmente las sesenta corridas solicitadas.

Inicios de la crianza del toro de lidia en Tlaxcala

Con las Leyes de Reforma, promulgadas por Benito Juárez, entre las que destaca la desamortización de los bienes eclesiásticos, muchas de las grandes haciendas que se encontraban bajo la administración de la iglesia tuvieron que ser vendidas. Tal fue el caso de la hacienda de San Mateo Huixcolotepec Piedras Negras, al norte del Estado de Tlaxcala, que hacia 1856 luego de pertenecer a los betlemitas y a los Miranda pasó a ser propiedad de don Mariano González de Silva y Fernández de la Horta, luego de ser arrendatario desde 1835 (Parker, 1979: 103-104; Héctor de Jesús, 1988:24).

En la hacienda de Piedras Negras se trabajaba en 1856 con un total de 139 obreros de sexo masculino, de los cuáles se subdividían en trabajadores expertos e inexpertos, dentro de los primeros encuadraban a los vaqueros y caballerizos quienes eran los encargados directamente del cuidado, trato y vigilancia de los toros bravos. Su situación salarial era un poco más alta que el promedio de la nómina de este año y el siguiente, igualado con el *tlachiquero* y el del jefe de cuadrillas, pero hasta tres veces inferior al del administrador, o tres veces superior del encargado de los puercos, por ejemplo. Además de que recibían raciones de maíz y, casi el 80% de los vaqueros, ciertas bonificaciones semanales no tanto por sus los puestos que ocupen, sino sobre todo por la calidad de los servicios prestados o por la antigüedad del vaquero (Parker, 1979: 115-120).

Por aquel entonces, con el acuerdo del dueño, en Piedras Negras se ponían a pastar ciertos hatos de ganado bravo que un torero español, Luis Mazzantini, se atrevía a embarcarse con ellos para lidiarlos aquí. Esto le permitió a don Mariano observar los cuidados, tratos y maneras de arrearlos y lazarlos, que se hizo el propósito de dedicarse a su crianza. Pero fue uno de sus hijos: José María González Muñoz el que adquirió en 1870, junto con su primo José María González Pavón y el señor Manuel Sánchez de la Vega, vacas y sementales de la ganadería de Atenco. El primero, fundó la ganadería de reses bravas Piedras Negras y treinta años después la de Zacatepec. Mientras que González Pavón la de Tepeyahualco y Sánchez Vega la de San Cristóbal de la Trampa, éstas últimas no tienen que ver con las actuales que poseen los mismos nombres (Héctor de Jesús, 1988:29).

Se cuenta que en tiempos de la Nueva España la ganadería de Atenco criaba ganado navarro, lo que hizo hasta 1858 cuando le agregó sangre del Marqués de Saltillo (Bollais, et al, 1972: 393-395). Sin

embargo, los propios ganaderos dicen que era ganado criollo cruzado con navarra, hasta 1910 que fueron cruzados con sementales de Pablo Romero (www.torosdelidia.org.mx), ganadería española fundada con vacas Jijona y sementales Cabrera. De esta ganadería de ganado criollo de Atenco es de donde se surten los primeros toros y vacas de lo que vendrían a ser dos de tres ganaderías madres de Tlaxcala, que para los inicios del siglo XX por diversas circunstancias dolorosas se convirtieron en una sola: la de Piedras Negras. La de San Cristóbal la Trampa desaparece cuando su dueño, debido a la muerte de un banderillero ibérico "Saleri" por un toro de San Cristóbal, la vendió a los ganaderos de Tepeyahualco y de Piedras Negras, quienes se reparten equitativamente el ganado en el año de 1888 (Héctor de Jesús, 1988: 29). Tepeyahualco, por su parte, había sido refrescada con un toro de Anastasio Martín un año antes de la compra del ganado del señor Manuel Sánchez. La ganadería de Anastasio provenía de Joaquín Giraldez que a su vez venía de la casta Vistahermosa. En 1889 compró el dueño de Tepeyahualco sementales de Marqués de Saltillo, duque de Veragua y Pérez de la Concha; en 1895 se le agregó un semental de Miura, a los que nueve años después se le agregarían otros tres de esta casta, junto con tres Murubes. En 1908 es adquirida por la familia González de Piedras Negras (Héctor de Jesús, 1988: 31-32).

La historia taurina de Piedra Negras es un tanto diferente si la cuenta el propio ganadero, como lo hace en su página web de la ANCTL (www.torosdelidia.org.mx). De acuerdo a ésta versión si bien adquiere vacas y sementales de Atenco, también seleccionó vacas criollas que pastaban en una fracción de su propiedad, conocida como Zacatepec, lugar donde décadas después se fundaría la ganadería homónima. Estas vacas criollas locales se vieron incrementadas por la compra de la ganadería de San Cristóbal la Trampa. A las vacas criollas las echó a padrear en 1888 con un toro de Bejumea. Ésta ganadería la había fundado José María Benjumea en 1832 con vacas y sementales de la casta de José Vázquez. Según se cuenta ligó bien. En 1895 se le agregó un toro de Miura, ganadería fundada en 1842 con toros gallardos y vacas Cabrera, pero del que no dejó descendencia, pues murió poco después de haber arribado a la hacienda. Al año siguiente se le agregaron tres toros sementales de Murube, de la casta Vistahermosa, a los que se le agregarían nuevos hermanos pero hasta 1905. El hacendado de Piedras Negras adquiere el ganado de Tepeyahualco por el mismo motivo que la otra

ganadería primigenia: por la muerte de un torero, las críticas y la decepción del ganadero que lo lleva a la venta. Pero el dueño de Tepeyahualco, antes de su venta había contratado la venta de una "punta" compuesta de diez becerros y un par de novillos de lo mejor del Marqués del Saltillo. Esta era una ganadería que derivaba de la de Salvador Varea que se fundó en 1823 con vacas y sementales del Conde de Vistahermosa, que se la vendió a Picavea de Lesaca en 1827 y éste al Marqués en 1884. El encaste Saltillo tiene como virtudes: bravura, nobleza y de ir a menos a más por lo que la faena se agranda y se enriquece si el toro "rompe"; su principal defecto es el mal genio, lo que lo convierte en un toro reservón a la muleta, que se queda y tira derrotes (Figura 8).

Con el tiempo, de la ganadería madre de Piedras Negras salieron cinco retoños y de estos aparecieron renuevos que caracterizan la ganadería de Tlaxcala: la de ser un negocio familiar.

Dos décadas después de la fundación de la ganadería de Piedras Negras se asentó otro tronco taurino, casi colindante a los terrenos de la exhacienda, en el llano de Atlangatepec del que tomó su nombre para pasar a ser la ganadería de Atlanga, desde 1890, propiedad de la familia de los Rodríguez. En pastizales aledaños a los de esta familia se crearon otras ganaderías de reses bravas

En el siglo XX se fundan otras tantas ganaderías que no necesariamente se relacionaron con la familia de los González ni con los Rodríguez, ni crían ganado de Piedras Negras sino de origen San Mateo. También hay quien tiene relación con los González y cría ganado Parladé. En conjunto crean el mapa ganadero de la entidad, que en otra ocasión se describirá a detalle.

Las plazas de toros

En la época de la Colonia se realizaban los festejos en plazas improvisadas o de estructura temporal. Es hasta finales del siglo XIX y durante el siglo siguiente en que se construyen de forma fija los cosos taurinos.

Con la introducción allá por el año de 1870 de ganado bravo a las tierras de la hacienda piedregina, se tuvo que construir una plaza para realizar las faenas de la tiente, de la que a finales del siglo pasado todavía quedaban los vestigios de los muros de adobe. Una característica de este coso primigenio es que se integraba a un "coleadero", pues los dueños eran también aficionados a la fiesta charra. Y figuras de la talla de Fermín Espinosa "Armillita", padre, Juan Silveti, Rodolfo Gaona, Pepe Ortíz, Silverio Pérez, Garza, entre otros más, y desde luego

GENEALOGÍA DE LA GANADERÍA PIEDRAS NEGRAS

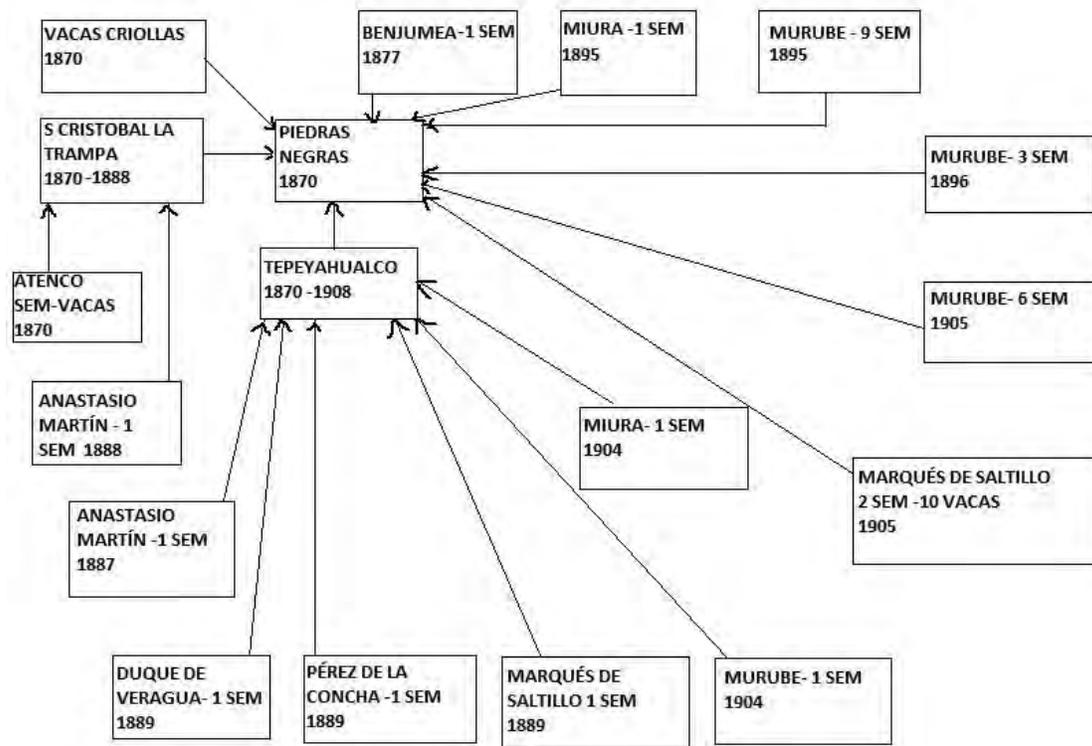


Figura 8. Genealogía de la ganadería de Piedras Negras. Elaborado con información de la ANCTL y Héctor de Jesús González Pérez.

Jorge Aguilar "El Ranchero", realizaron en muchas ocasiones faenas de tiente (Héctor de Jesús, 1988: 34). Estas labores de tiente no siempre se realizaban en el coso, había algunas que se llevaban a cabo a campo abierto, cuando eran propiedad de la hacienda grandes extensiones de llanura que hoy forman parte de pueblos campesinos y de la Ciudad Industrial Xicohténcatl I.

En Tlaxcala se cuentan con las siguientes plazas de toros:

A) JORGE AGUILAR, "El Ranchero": se localiza en la ciudad de Tlaxcala. Su cupo es para 4 mil personas. Su construcción data del periodo del gobernador Próspero Cahuantzi, aunque el lugar posiblemente haya sido el tradicional desde la época colonial (Figura 9). El ruedo fue renovado en 1945 y en 1988, por iniciativa del Gobierno del Estado.

B) LA TAURINA: se localiza en la ciudad de Huamantla. Su cupo es para 4 mil personas. Se tiene como fecha de inauguración el 15 de agosto de 1918. Actualmente es una de las pocas plazas techadas.

C) WILIULFO GONZÁLEZ: se localiza en la ciudad de Apizaco. Su cupo es para 2 mil personas. Se construyó gracias a la iniciativa de un empresario taurino, como lo fue Othón Ortega. Luego fue propietario Raúl González. Se inauguró el 10 de octubre de 1965.

D) LA MONUMENTAL: se localiza en la ciudad de Apizaco. Su cupo es para 8 mil gentes. Se construyó por la iniciativa y aportación de Baltasar Maldonado, aunque el municipio aparece como propietario. Es considerada una de las plazas más cómodas y amplias. Se inauguró el 27 de diciembre de 1986.

E) GABINO AGUILAR: se localiza en el pueblo de Cuapixtla. Su cupo es para mil personas. Se construyó e inauguró en 1936.

F) LA MORENITA: se localiza en el poblado de Atlzayanca. Su cupo es para mil cuatrocientas personas. Se inauguró el 8 de diciembre de 1954.

G) SAN ANDRÉS: se localiza en el poblado de San Andrés Ahuahuastepec. En un principio se le conoció con el nombre de "Joselito Huerta", se le cambió al

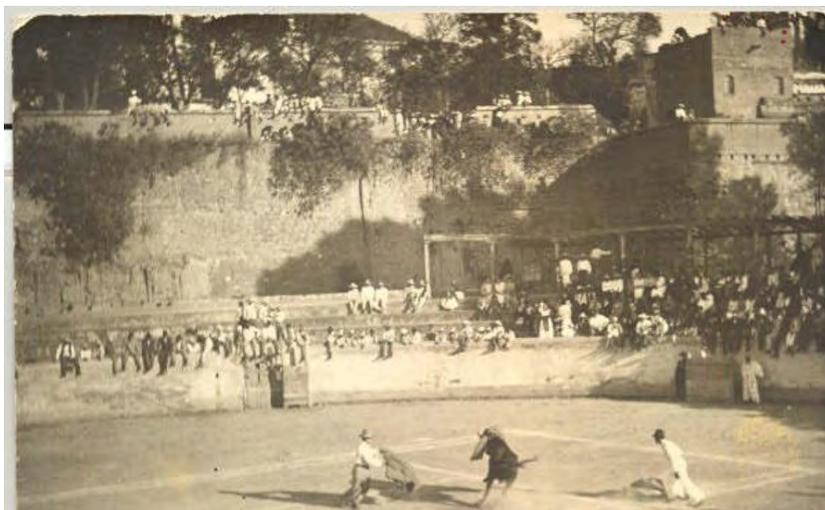


Figura 9. La plaza de toros de la ciudad de Tlaxcala, 1896. Foto proporcionada por el restaurador Ricardo Mendoza Santos, del archivo del Arquitecto Rafael García.

actual en 1987. Su cupo es para mil personas. Se inauguró el 4 de diciembre de 1966.

H) MUNICIPAL: se localiza en la ciudad de Calpulalpan. Su cupo es para dos mil quinientas personas. Se inauguró en el año de 1956.

I) XALOSTOC: se localiza en el pueblo de San Cosme Xalostoc. Su cupo está planeado para mil personas. Se desconoce la fecha de inauguración.

Referencias

Bollain, Adolfo, Eduardo Bonet, Luis Fernández, et. al., *TORO: primera tauromaquia en color*, Buenos Aires, Editorial Codex, 1972.

Brodrick, A. Houghton, *La pintura prehistórica*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, 37, tercera reimpression, 1975.

Carranza Armando, "Centauros, Toros y Toreros", Madrid, Revista *Más Allá*, Madrid, número 30, pp. 72-79, 1991.

Celestino, Eustaquio, Armando Valencia y Constantino Medina, *Actas de Cabildo de Tlaxcala, 1547-1567*, Tlaxcala, Archivo General de la Nación-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social, Serie Códices y Manuscritos de Tlaxcala 3, 1984.

Flores Hernández, Benjamín, *La ciudad y la fiesta: tres siglos y medio de tauromaquia en México*,

México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Colección Regiones de México, 1986.

Gibson, Charles, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, California, Stanford University Press, 1967.

Héctor de Jesús, "Ha-che-ge", seudónimo de Héctor González Pérez, *Mis 70 años como ganadero de Coaxamalucan (1917-1987)*, Tlaxcala, 1988.

Nava, Luis, *Trascendencia histórica de Tlaxcala*, Tlaxcala, 1969.

Parker, Angelika Ertinger, *San Mateo Huiscolotepec a Piedras Negras: historia de una hacienda tlaxcalteca, 1580-1979*, México, Costa Amic Editores, 1979.

Rangel, Nicolás, *Historia del toreo en México, Época Colonial*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1924.

TAUROMAQUIA, España, Programa de televisión de la Televisión de España, 1990.